

EL DICTAMEN

VERACRUZ

Julio 28

1927

— — DESDE LA CIUDAD DE MEXICO — —

LAS COSAS BELLAS E INUTILES

Por Jorge Labra

D

Quando el General Obregón dio a la luz pública su manifiesto, anunciando que venía con la espada desenvainada para derribar cualquier obstáculo que se le interpusiera en su gloriosa carrera revolucionaria, no alcanzaron las ocho columnas de las planas de los periódicos para ponerle título; cuando el General Gómez dijo, a su vez, que iba a hacerle la lucha a la silla presidencial en beneficio del pueblo, también los periódicos no escatimaron columnas para anunciar lo que prometía este otro candidato; pero le llegó su turno al General Serrano y su manifiesto alcanzó en la escala gradual de la publicidad periodística la importancia de un suceso de tercera categoría. Y sin embargo, el manifiesto es de primera. Dice cosas que después de que las lee uno, no puede menos que exclamar: ¡Sí, hombre!, esto es lo que debería ser.

Ya chochó oír hablar de revolución sin que nada connotativo presente dentro de lo que puede constituir una honesta aspiración. Porque si por Revolución aceptamos lo que hemos visto y estamos sintiendo desde que triunfó, ninguna persona que tenga cabales sus cinco sentidos sería capaz de expresar públicamente que quiere que siga la revolución, que en otras palabras querría decir que siga la ruina del país, el relajamiento de la moral, el desprecio a la ley, la burla del derecho. ¿Qué no es esa la revolución? Ya nos lo han dicho muchas veces; pero ¿quién es aquel que tiene el alma cándida de las palomas para creer lo que le dicen y no lo que

está mirando?

Francamente, la Revolución se puede admitir como un hecho consumado que como una enfermedad nos azotó muy a nuestro pesar y muy contra nuestro deseo. Fué lo irremediable; y al enfermo cuando le brotan las viruelas o se le infectan los intestinos, no tiene más remedio que conformarse y esperar a que sane o a que Dios lo llame a juicio; pero estaría rematadamente loco, si después de que pasara o cuando estuviera pasando la virulencia del mal, se pusiera a gritar que deseaba que le brotaran más granos purulentos o que se le envenenaran nuevamente las vísceras. Que la enfermedad quiera quedarse en el cuerpo, es natural; la ruina de éste es la prosperidad de ella; pero si los deseos de la enfermedad son lógicos, los mismos deseos en el enfermo no pueden ser más que un desatino.

Y locura sería en quienes no siendo revolucionarios quisieran más revolución. La revolución solo pueden seguirla deseando quienes actúan de enfermedad, o sean los revolucionarios. ¿Por qué entonces se dice que la mayoría del país quiere que siga la bola? ¿Será que hay más revolucionarios que pueblo suficiente? Eso no sería posible; porque para haber enfermedad necesita haber sujeto susceptible de enfermar; si no existe una masa productora capaz de soportar la enfermedad revolucionaria, aquella estaría condenada

a desaparecer.

Pero todo esto es pura metafísica. Lo real, aunque desconsolador, es que el programa de revolucionarismo galopante del General Obregón ha hecho mucho más ruido que el programa de moderación y de orden del General Serrano. Es más: al manifiesto del General Serrano casi ni se le ha considerado como suceso actual. Después de leerlo parece que se ha leído una de tantas bellas teorías que andan escritas en los libros, para aplicarlas cuando los hombres desposeídos de su grosera materialidad egoísta, sean capaces de dedicarse a las excelcitudes del espíritu.

Y pienso para mí, que ello se debe al factor HOMBRE. Seguramente que hay en la República muchísimos más individuos que están de acuerdo con las ideas de Serrano, expuestas en su manifiesto, que los que van con las del General Obregón; y sin embargo, nadie sería capaz —á menos que milite en bando político contrario— de afirmar que Serrano, el del mejor programa, esté más fuerte que Gómez y Obregón. Sencillemente porque no es verdad; ni puede ser verdad en pueblos que siguen a los caudillos y que seguramente verán en el General Serrano muy poca madera de caudillo, amén de sus defectos personales que no viene al caso discutir.

Y es lástima; porque para un programa como el que ha presen-

tado el General Serrano estaría bien un hombre como Obregón. Si a los humanos nos fuera dable encomendar la obra de Dios, me atrevería a proponer en nombre del pueblo que no puede querer más revolución, que tomáramos lo mejor de cada uno de nuestros candidatos presidenciales para formar uno nuevo que no fuese ninguno de ellos, y sin embargo incluyera a los tres. ¿No ya lo había presentado el mismo General Obregón cuando dijo que amasando las buenas cualidades de los dos candidatos antirreeleccionistas, aún faltaría algo más que ninguno de los dos lo tenía? Pues eso que les falta lo tiene el General Obregón; y de esta suerte tomaríamos: del General Obregón su dinamismo, su resolución en el obrar y su confianza en el triunfo; del General Gómez la virtud pasiva que le ha valido el remoquete de "Hombre sin vicios"; y del General Serrano aceptaríamos el programa, que es un buen programa para gobernar. Pero fíjense ustedes que solo a Serrano se le ha ocurrido hablar de gobierno; los otros dos nos hablan de revolución con ideales o con necesidades; pero sólo de revolución en que hay que ir a presentar los pechos a las balas y en que hay que meter a los vencidos a dos metros bajo tierra. . . . Y como de los tres, la mayoría de los dos están por echar bala para salvar los principios revolucionarios, vamos a tener que guardar el programa del General Serrano entre las cosas buenas que suelen producir los hombres, pero que por buenas son inútiles.

JORGE LABRA.